

LOS **FORASTEROS** **DEL TIEMPO** & **LOS** **FUTBOLÍSIMOS**

LA AVENTURA DE LOS BALBUENA
CON LOS INVENTORES DEL FÚTBOL

Roberto Santiago





1



Caigo.

Caigo.

Caigo.

Hasta que al fin...

¡Me estampo sobre un charco de agua y barro!

Levanto la vista.

Entre la niebla, veo gente corriendo y gritando a mi alrededor.

Figuras que no puedo distinguir.

Limpio de barro mis gafas.

Me las ajusto.

Por fin puedo ver con claridad.

Estoy en mitad de una gran explanada.

Rodeado de edificios y fábricas humeantes.

Un puñado de niños de mi edad, vestidos con ropas antiguas, corren detrás de un balón de cuero.

Parecen jugar algo parecido a un partido de fútbol...

¡CATAMPLUM!

¡¡¡El balón choca contra mi rostro!!!

–¡Auuuuu! –me quejo

–¿Qué haces ahí en medio? –me pregunta un chico muy rubio y muy pálido, con una gorra.

–Yo... es que me he caído –respondo.

–¡Has cortado la jugada! –me acusa, enfadado-. ¡Has golpeado el balón con la cara!

–Perdón –me disculpo–, no era mi intención.

A su lado aparece otro chico mucho más grande, moreno, con una gran nariz y grandes cejas. También lleva una gorra puesta.

–«No era mi intención» –repite el moreno, haciéndome burla–. ¿Le pegamos una paliza, Archie?

El rubio, que debe ser Archie, contesta:

–Como quieras, Benjamin.

El grandote moreno, Benjamin, se dirige hacia mí dando grandes zancadas y sonriendo con muy malas intenciones.

–Te vas a enterar, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja...

Se arremanga la camiseta.

Yo intento retroceder dentro del charco, asustado.

Viene directo a por mí.

En el último momento, otro chico se pone en medio.

Uno bajito pelirrojo y con muchas pecas por el rostro. También lleva una gorra.

–¡Mejor acabemos el partido y luego nos encargamos de él!
–asegura.

–Eres un aguafiestas, Dylan –protesta Benjamin–. Tengo ganas de zurrar al nuevo.

–Después del partido –insiste Dylan, el pelirrojo.

–Vaaaaaaale –concede Benjamin.

De inmediato, le pega una patada al balón y todos salen corriendo detrás.

El rubio, Archie, grita:

–¡Corred, hatajo de inútiles!

Parece el capitán del grupo.

Todos se alejan persiguiendo y empujando el balón a trompicones hacia el otro extremo del campo, donde hay dos postes clavados en el suelo.

Dylan se queda a mi lado, observándome. Es el único que no ha salido corriendo.

–Gracias –le digo.

Pasa la mano por sus pecas y hace una mueca.

–No hay de qué –contesta–. ¿De dónde sales? ¿Por qué llevas esas ropas tan raras?

Esa pregunta no es fácil de responder.

Si le digo que vengo del pasado, en concreto de la antigua Grecia, y que por eso llevo esta túnica, pensará que estoy loco.

Y si le digo que vengo del futuro, de un barrio que se llama Moratalaz, también pensará que estoy loco.

Así que respondo:

–De muy lejos. ¿Dónde estamos exactamente?

Dylan se ríe.

–Estamos en el barrio de Covent Garden –dice, como si fuera evidente.

–Ya, Covent Garden, muy interesante... –digo–, pero ¿en qué ciudad estamos? ¿Y en qué año?



Me mira con los ojos muy abiertos.

–¿Me estás tomando el pelo? –me pregunta.

–No, no –respondo–, te lo prometo. Me llamo Sebastián Balbuena y no tengo ni idea de dónde estoy. Es la verdad.

Vuelve a mirarme dudando si creerme.

–Mira, Sebastián Balbuena, estás en el mejor barrio de Londres: Covent Garden –dice orgulloso–. Y si nada ha cambiado en los últimos minutos, hoy es 8 de diciembre de 1863.

–Qué bien, genial –digo, intentando procesar la información.

Las preguntas se amontonan en mi cabeza.

¿Cómo he ido a parar aquí?

¿Por qué precisamente a este lugar y este día?



¿Dónde está mi familia?

Dylan me tiende la mano.

–No pensarás quedarte todo el día tirado en ese charco
–asegura.

–No, no, claro, qué tontería –digo, agarrando su mano.

Al ponerme en pie, noto algo extraño en Dylan.

No sé lo que es.

Tal vez su gesto, su manera de comportarse.

Como si ocultara algo.

Ni idea.

Además, no soy yo el más indicado para juzgar a los demás.

–¿Todos aquí lleváis gorra de color gris? –pregunto.

–Por supuesto –contesta, como si estuviera clarísimo–. Somos
la banda más famosa de la City. Somos... Las Ratas.

–Ah, fenomenal –digo–. ¿Y por qué os llaman así?

Dylan sonrío, como si yo fuera un caso perdido.

–Vivimos en las calles –explica–. Robamos, comemos lo que
podemos, nos buscamos la vida, no tenemos amo ni señor.
Somos... Las Ratas.

De pronto, se oye un grito a nuestra espalda:

–¡Gooooooooooooooooooooooooo!

Acaban de marcar un gol.

–¡Ocho a cero! –exclama Benjamin, el grandote moreno, le-
vantando los brazos en señal de victoria–. ¡Las Ratas somos
invencibles!

Regresan hacia nosotros, celebrando su gol.

Y cantando:

*We are The Rats
Danger is coming
Rats rats rats
Start running*

El capitán, Archie, señala a Dylan y le pregunta:

–¿¡Todavía sigues con el extranjero raro!?! ¿Se puede saber de qué habláis?

–Estoy... interrogándole –trata de justificarse Dylan.

–¿Ya sabes cómo ha aparecido aquí en medio, de repente?
–pregunta Archie.

–¡Yo lo he visto! –recuerda Benjamin, rascándose la cabeza–.
¡Ha caído del cielo!

–¡Del cielo! –exclamo–. Anda que... ¡del cielo! ¡Qué cosas tienes!
En ese preciso instante...

¡SIETE PERSONAS CAEN DEL CIELO!

O, mejor dicho, seis personas y un mono.

Allí en medio.

Delante de nuestras narices.

Conozco muy bien a todos.

Mi padre Sebastián.

Mis hermanos Santi y Susana.

Mi vecina Mari Carmen y su hija María.

Un científico llamado Cobb.

Y un pequeño mono: Mini Seb.

Las Ratas observan a todos perplejos.

-Han caído del cielo -murmura Benjamin, atónito.

-Eso parece -digo yo, tragando saliva.





